



## LIBRO DOCE.

## SUMARIO.

*Nestor pide á Idomeneo que les ayude contra los Daunos; pero Mentor, que quiere establecer el mejor orden en la ciudad, y hacerla agricultora, les contenta con cien nobles Cretenses capitaneados por Telémaco. Parten con efecto, y empieza Mentor á realizar su proyecto por una exácta revista de la ciudad y del puerto: infórmase de todo: hace que Idomeneo establezca nuevas reglas de comercio y de policia: que divida el pueblo en siete clases, cuya gerarquía y nacimiento se distinga por la diversidad de los trages; y hácele por último que modere el lujo y las artes inútiles para que sus profesores se dediquen á la agricultura.*

QUEDÓSE el ejército aliado levantando sus tiendas, que eran en tanto número, que cubrían la campaña, y la hermozeaba la infinita variedad de colores de los ricos pabellones, bajo de los cuales esperaba el sueño la fatigada tropa. Los reyes y su comitiva entraron en la ciudad; pero cual fué su asombro al ver tantos y tan magníficos edificios contruidos en tan poco tiempo, sin que una guerra tan considerable hubiese impedido á esta recién nacida ciudad crecer y adornarse á un mismo tiempo.

Admiraron la sabiduría y vigilancia de Idomeneo, que habia sabido fundar un reino tan hermoso; y todos concluyeron que hecha la paz con él se acrecentaria

mucho el poder de los aliados, si á ellos se uniese contra los Daunos. Propusieronse, y no pudiendo escusarse á tan justa solicitud, ofreció dar tropas.

Pero como Mentor sabia cuanto se necesitaba para hacer un estado floreciente, y que las fuerzas de Idomeneo no podrian ser tan grandes como lo parecian, le habló á solas en estos términos:

Ya veis que no os son inútiles nuestras diligencias, pues por ellas se ha libertado Salento de las desgracias que la amenazaban. Ya no teneis quien os impida elevar su felicidad al mas alto grado, y que en el gobierno de vuestros pueblos os adquirais tanta gloria como Minos, vuestro abuelo. Yo continuo hablándoos con libertad, porque supongo que lo quereis así, y que detestais toda lisonja. Bajo este principio debo confesaros, que mientras estos reyes apénas acertaban á encarecer vuestra magnificencia, estaba yo en mi interior calificando de temeraria vuestra conducta.

Al oír Idomeneo el nombre de temeridad mudó de semblante, salieronse los colores al rostro, y no le faltó mucho para interrumpirle y darle á entender su resentimiento. Conociéndolo Mentor, le dijo en un tono modesto y respetuoso, aunque siempre firme y denodado:

Bien veo que os choca este nombre de temeridad, y que otro que yo hubiera hecho mal en servirse de él, porque se debe respetar á los reyes, y acomodarse á su delicadeza, aun cuando se les reprende: bastante les ofende por sí sola la verdad, sin añadir al modo la dureza; pero yo creí que de mí sufriseis que os hablase sin disfraz, para que pudieseis conocer mejor vuestros defectos. Mi intencion era acostumaros á que oyeseis llamar las cosas por sus nombres, y á que creyeseis,

que cuando los demas os hablen en orden á vuestra conducta no se atreverán nunca á hacerlo , ni deciros con franqueza su dictámen; y si no quereis engañaros sobre punto tan interesante , debéis entender mucho mas de lo que os digan acerca de aquello que ménos favor os haga. A mí me es fácil , y estoy pronto á suavizar los términos segun vuestra necesidad ; pero os importa mucho que un hombre desinteresado , y que por sus circunstancias no debe daros ningun recelo , se sirva para hablaros en secreto de un language duro , en la inteligencia de que ningun otro se atreverá jamas á usar con vos de él ; no veréis la verdad mas que á medias , y eso bajo los mas bellos adornos que la desfiguren.

Estas reflexiones templáron en Idomeneo aquel primer ímpetu de su enojo , tanto que avergonzado de su delicadeza : ved aquí , le dijo , los efectos de la costumbre de ser adulado. A pesar de ella confieso que os debo la salud de mi nuevo reino , y os protesto que no hay verdad , sea de la clase que quiera , que yo no me tenga por dichoso de oirla de vuestra boca : compadeceros , pues , de un rey alimentado con el veneno de la lisonja , y que ni aun en sus adversidades ha encontrado quien tenga la generosidad de decirle la verdad. En efecto , jamas tuve quien me amase todo lo que era menester para desagradarme , representándomela cual ella es en sí.

Decia esto teniendo los ojos arrasados en lágrimas : abrazó tiernamente á Mentor ; y este sabio anciano le dijo : No me es poco sensible tener que deciros algunas cosas que os serán desagradables ; sin embargo , ¿ cómo os habia de hacer la traición de ocultaros la verdad ? Poneos en mi lugar. No dudeis que si hasta aquí habeis

sido engañado , es porque habeis querido serlo , porque habeis temido tener consejeros que os hablen con sinceridad. Y sino ¿ decidme , qué diligencias habeis hecho para serviros de hombres desinteresados , y que tengan para contradeciros toda la firmeza que procede del amor á la verdad ? habeis cuidado de allegaros los ménos solícitos en complaceros , aunque los mas diligentes en serviros con amor y desinterés , y los mas capaces de condenar vuestras pasiones , y vuestros injustos deseos. Cuando habeis encontrado con algun adulador , ¿ qué habeis hecho ? ¿ le habeis alejado de vuestra persona ? ¿ le habeis siquiera mirado con desconfianza ? Nada ménos. ¿ En qué , pues , habeis manifestado vuestro amor á la verdad , ni qué méritos habeis hecho para conocerla ? Veamos ahora si teneis valor para humillaros á la razon que condena vuestras acciones.

Deciaos , que por lo que se os hacen tantos elogios , no merecis sino vituperios. Miéntras que por defuera teniais tantos enemigos que amenazaban vuestro reino , aun no bien establecido , solo cuidabais de levantar magníficos edificios en lo interior de la ciudad. En estos cuidados pasasteis tan malas noches como vos mismo me habeis dicho , y en esto habeis consumido vuestras riquezas , descuidando enteramente el aumento de poblacion , y el cultivo de las fértiles tierras de esta costa. No conocis cuanto mejor hubiera sido atender á estos dos puntos , mirándolos como el fundamento esencial de vuestro poder. En estos principios era necesaria una larga paz para que se multiplicase vuestro pueblo. Solo debisteis pensar en la agricultura y en el establecimiento de las mas sabias leyes. Pero una vana ambicion os ha arrastrado hasta las márgenes del precipicio. Por querer parecer grande , os habeis es-

puesto á arruinar vuestra verdadera grandeza. Reparad con presteza estos defectos ; suspended esas grandes obras , renunciad ese fausto , que destruirá por los cimientos vuestra nueva ciudad ; dejad á vuestros pueblos respirar en paz ; dedicaos á hacer que abunden de cuánto les sea necesario , y con esto facilitaréis sus matrimonios : y sabed que no sois rey sino en cuanto tenéis pueblos que gobernar ; y que debéis medir vuestro poder , no por la estension de tierra que ocupeis , sino por el número de hombres que la habiten , y esten propensos á obedeceros. Poseéis un buen terreno , aunque sea de mediana estension ; pobladle hasta el infinito de hombres laboriosos é instruidos , y haced que os amen : entónces seréis mas poderoso y feliz , y os adquiriréis mas gloria que todos los conquistadores , que fundan la suya en aniquilar sus estados por destruir los agenos.

¿ Qué es , pues , lo que he de hacer , respecto de lo que á estos reyes he ofrecido ? preguntó Idomeneo. ¿ Les confesaré mi debilidad ? Es cierto que he descuidado la agricultura , y aun el comercio , que tan fácil me era fomentar en esta costa , y que solo he pensado en edificar con magnificencia una ciudad. ¿ Pero no habrá otro arbitrio para salir de este empeño que él de desacreditarme entre tantos reyes , descubriéndoles mi imprudencia ? si no hubiere otro , no dudaré adoptar este , por mas repugnante que me sea , pues estoy convencido de que , como me habeis enseñado , un verdadero rey que ha nacido para su pueblo , y que por él se debe dar á sí propio , debe preferir la salud de su reino á su propia reputacion.

Ese es un sentimiento digno de un padre de sus vasallos , le respondió Mentor ; en esa bondad , y no

en la vana magnificencia de vuestra ciudad , reconozco en vos el corazon de un verdadero rey : no obstante tambien se interesa el estado en vuestra reputacion , y por lo mismo conviene que la mantengais ; mas esto dejadlo á mi cuidado , que yo haré creer á estos reyes que os hallais comprometido en restablecer á Ulises , si es vivo , y sino , á su hijo , en el trono de Itaca , y echar de ella por fuerza á los amantes de Penelope. Fácilmente comprenderán que esta empresa exige gran número de tropas , y dé aquí el que se contenten con el pequeño socorro que ahora les deis contra los Daunos.

Al oír Idomeneo este arbitrio , se quedó como uno á quien se le alivia de un peso que le oprime. Vos sabéis , mi caro amigo , le dijo á Mentor , lo que á mi honor conviene , y á la reputacion de esta nueva ciudad , cuya falta de fuerzas se trata de ocultar ; ¿ pero no parecerá inverosímil que yo quiera enviar tropas á Itaca para restablecer en ella á Ulises , ó en su defecto á Telemaco , estando este mismo comprometido en ir á la guerra contra los Daunos ?

Dejadlo tambien á mi cuidado , le respondió Mentor ; yo no propondré nada que no sea cierto. Los navíos que destineis para establecer aquí el comercio , irán á las costas de Epiro con dos objetos : el primero , atraer á vuestras costas los comerciantes estrangeros , á quienes ahuyentan de ellas los excesivos impuestos : y el segundo , adquirir noticias de Ulises. Si vive , no puede estar muy distante de estos mares que dividen la Grecia de la Italia ; y aun hay quien asegure haberle visto en la Feacia. Pero aun cuando no nos den ninguna esperanza de hallarle , será importante el servicio que esta expedicion hará á su hijo , difundiendo en Itaca y en todos los países comarcanos el terror de su nombre , á quien tienen

por muerto como su padre. Temblarán los amantes de Penelope con la noticia de que se dispone á caer sobre ellos con la ayuda de su poderoso aliado. Los Itacenses no se atreverán á sacudir el yugo : consolaráse Penelope , y rehusará con mas firmeza la eleccion de nuevo esposo. De este modo favoreceis á Telémaco , miéntras que él hace vuestras veces con los demas aliados en la guerra contra los Daunos.

Satisfecho Idomeneo , no pudo ménos de exclamar : ¡ Dichoso el rey que así halla quien le sostenga por sus consejos ! Mas le vale un sabio y fiel amigo , que ejércitos victoriosos. ¡ Pero mucho mas dichoso si conoce la felicidad que en ello tiene , y sabe aprovecharse de ella haciendo buen uso de sus sabios consejos ! porque sucede muchas veces que los reyes alejan de sí á los sabios y virtuosos , temiendo su virtud ; y hacen dueños de su confianza , á lisonjeros y aduladores sin temer su perfidia. Yo mismo he incurrido en ese defecto. En ocasion mas oportuna os contaré los daños que me produjo un falso amigo que lisonjeaba mis pasiones con la esperanza de que yo lisonjeara tambien las suyas.

Fuele fácil á Mentor dar á entender á los reyes aliados que Idomeneo habia tomado á su cargo los intereses de Telémaco , miéntras este les acompañaba , y ellos se diéron por contentos de llevar en su ejército al hijo de Ulises con cien jóvenes Cretenses , que era la flor de la nobleza que Idomeneo trajo de Creta consigo. Aconsejóle Mentor que los enviase , porque si bien en tiempo de paz se debe facilitar que la poblacion se multiplique ; para que no se afemine la nacion , ni se ignore en ella el arte militar , era de suma importancia enviar jóvenes nobles que le aprendiesen prácticamente en las guerras extranjeras. Esto basta para inspirar en

el estado cierta emulacion de gloria , el amor á las armas , el desprecio de las fatigas , y aun de la muerte misma.

Llegó por fin el caso de que los reyes partiesen de Salento satisfechos de Idomeneo , y encantados de la sabiduría de Mentor : iban sobremanera contentos , porque llevaban consigo á Telémaco ; pero este no pudo disimular su sentimiento cuando hubo de separarse de su amigo. Miéntras los reyes se despedían de Idomeneo , y le juraban una eterna alianza , estrechaba Mentor entre sus brazos á Telémaco ; el cual le regaba con sus lágrimas , y deshecho en llanto , le decia : ninguna alegría siente mi corazon por la gloria que voy á buscar : solo soy sensible al dolor que nuestra separacion me causa. Paréceme estar viendo todavía aquel tiempo infeliz en que los Egipcios me arrancáron de vuestros brazos , y me alejáron de vos sin dejarme ninguna esperanza de volver á veros.

Para consolarle Mentor , le respondió con la mayor amabilidad : Ved aquí una separacion tan diferente , como que es voluntaria : será corta , y durante ella vas en busca de una victoria. Yo quisiera , hijo mio , que me amases con ménos ternura , y con mas valor : acostúmbrate á estar léjos de mí , pues que no siempre me has de tener contigo. Sean la sabiduría y la virtud mas bien que la presencia de Mentor las que reglen tu conducta.

Decíale esto la diosa cubriéndole con su egida , é infundiéndole el espíritu de sabiduría y prudencia , la intrepidez y la moderacion , que tan raro es hallar juntas.

Andad , continuó diciéndole : corred á los mayores peligros quantas veces sea conveniente ; que un prin-

cipe mas se deshonra huyendo el riesgo de los combates , que no yendo jamas á la guerra. El valor del que manda no debe estar en opiniones ; pues si un pueblo tiene necesidad de conservar su gefe ó su rey , aun le es mas necesario que no se dude de su valor. Acuérdate de que el manda debe servir de modelo á los que obedecen , y animar con su ejemplo á todo un ejército. No temas , pues , ningun peligro ; prefiere morir combatiendo , ántes que dejar en duda tu valor. Los lisonjeros que mas se empeñen en disuadirte serán los primeros á vituperarte de cobarde , si sienten que con facilidad huyes de los riesgos cuando es útil arros-trarlos.

Pero tampoco los debes buscar no siguiéndose utilidad de superarlos. El valor no es virtud sino en cuanto le regla la prudencia ; sin la cual es mas bien un insensato desprecio de la vida y un ardor brutal. De un precipitado valor nada se puede esperar con seguridad. El que en los peligros no es dueño de sí , mas bien es arrebatao que valiente : necesita estar fuera de sí para ser superior al temor , que no puede su corazon vencer hallándose en el estado que le es natural ; y si en este estado no huye , á lo ménos se aturde , pierde el libre uso de la razon , que le sería necesaria para dar órdenes con acierto , aprovecharse de las circunstancias , derrotar al enemigo , y servir á su patria. Si tiene todo el ímpetu de soldado , le falta el discernimiento de capitán. Pero ni aun tiene el valor que conviene al simple soldado , pues este debe conservar en la batalla la presencia de ánimo y la moderacion necesaria para obedecer. El que temerariamente se arroja , altera el órden de la disciplina , da un ejemplo de temeridad , y espone muchas veces todo un ejército. Los que prefiere-

ren su loca ambicion á la seguridad de la causa comun , merecen castigo , y no premio.

Guárdate , hijo mio , de buscar la gloria con impaciencia : el único modo de hallarla es esperar tranquilamente la ocasion favorable de adquirirla. La virtud tanto mas se hace respetar , quanto se manifiesta mas sencilla , mas modesta , y mas enemiga de todo fausto. A proporcion que crece la necesidad de esponerse , necesita la prudencia dictar nuevos arbitrios con que el valor vaya en aumento. Acuérdate por último de que no conviene atraerse la envidia de nadie , y por tu parte abstente de envidiar la felicidad ajena : alaba lo digno de alabanza , pero con discernimiento ; refiriendo con gusto lo laudable , y ocultando lo que no lo sea , sin acordarte de ello sino para sentirlo.

No decidas de nada en presencia de esos antiguos capitanes que tienen la esperiencia que á tí te falta : óyeles con deferencia , consúltales , suplica á los mas hábiles que te instruyan , y no te avergüences de atribuir á sus lecciones tus aciertos. En fin no te prestes á oír los discursos que se dirijan á excitar tu desconfianza ó tu envidia contra ellos. Háblales con ingenuidad y confianza ; y si crees que te han faltado en algo , manifiéstales con lisura la razon de tu queja ; que si son capaces de apreciar la nobleza de este proceder , te atraerás con él toda su estimacion , y obtendrás todas las satisfacciones que apetezcas ; y si por el contrario están tan pegados de su dictámen que rehusan ó desprecian el tuyo , en eso mismo conocerás lo que de ellos tienes que sufrir para no esponerte en lo sucesivo á obrar de manera que tengas de que arrepentirte. Pero sobre todo guárdate de confiar á ningun lisonjero , de que comunmente abundan los ejércitos , y son los que en ellos

introducen la discordia; guárdate de confiarles los motivos de disgusto ó queja que tengas de los gefes del ejército en que sirvas.

Yo me quedaré con Idomeneo, prosiguió Mentor, para ayudarle con mis consejos á proporcionar la felicidad de sus vasallos que tanto lo necesitan; y para acabar de hacerle conocer y reparar los defectos que los malos consejos y la lisonja le han hecho cometer en el establecimiento de su nuevo reino.

No pudo ménos Telémaco de dar á entender á Mentor la admiracion que le causaba, y el desprecio que le merecia la conducta de Idomeneo. Pero Mentor le reprendió con severidad diciéndole: Sabe, Telémaco, que si aun en los hombres mas estimables se descubren ciertas flaquezas, mas son dignos por ellas de nuestra indulgencia que de nuestra censura: los hombres no son mas que hombres, y muy frágil su naturaleza. Y si esto exíge la prudencia respecto de todos, mucho mas disimulo nos exíge la justicia con aquellos que se ven siempre rodeados de los infinitos obstáculos y asechanzas que son inseparables del trono. Idomeneo ha sido por su desgracia educado con fausto y magnificencia: ¿qué filósofo en iguales circunstancias se hubiera resistido á la lisonja? Es cierto que Idomeneo se ha entregado mas que debiera á los que han tenido su confianza; pero ¿cuántos engaños no han padecido en esto los mas sabios reyes, á pesar de las precauciones con que han procurado evitarlo? A un rey le son necesarios ministros que le ayuden, y en quien deposite la confianza, pues que no le es posible hacerlo por sí todo. Por otra parte los reyes conocen mucho ménos que los particulares á los sujetos que les rodean: en su presencia todos aparentan ser como de-

ben; y no hay astucia que no se emplee en engañarlos. ¡Ah, Telémaco, tiempo vendrá en que por tí mismo lo esperimentes! No se halla en los hombres ni la virtud ni el talento que en ellos se busca. Por mas que se les estudie para conocerlos, son infinitos los errores que se cometen en juzgarlos. Ademas de que ni aun de los mejores se puede conseguir que sean como el bien público necesita. Todos tienen sus preocupaciones, sus caprichos, sus inconsecuencias, y aun sus envidias; y á estos ni se les persuade, ni se les corrige.

Cuantos mas son los pueblos que hay que gobernar, tantos mas ministros se necesitan para hacer por medio de ellos lo que no es posible hacer por sí mismo; y de cuantos mas hombres sea necesario servirse y depositar en ellos la autoridad tanto mas espuesto se está á equivocarse en la eleccion. Uno critica hoy cruelmente á los reyes, que si gobernara mañana, no solo lo hiciera ménos bien que ellos, sino que á sus defectos añadiera otros infinitamente mayores. En un sugeto particular, si tiene un poco de talento para hablar bien, no se perciben los defectos: se gradua su talento del mas extraordinario, y se le juzga digno de todos los cargos de que no tiene. La autoridad es la piedra toque en que se prueban los talentos, y se descubren los grandes defectos.

Son las dignidades como ciertos vidrios que aumentan los objetos. En los grandes destinos se hacen mas visibles los defectos; las cosas mas mínimas producen grandes consecuencias, y de las mas leves faltas nacen los mas terribles contratiempos. El mundo entero se ocupa á todas horas en observar un solo hombre, y en juzgarle con el mayor rigor; y aunque sin esperiencia del estado en que se halla, ni conocimiento de las

dificultades que le cercan , no quieren que sea hombre : tantas son las perfecciones que de él exigen. Por bueno y sabio que un rey sea , aun es hombre. Su entendimiento y su virtud tienen límites. Le son naturales genio , costumbres y pasiones de que no siempre es dueño : los que le rodean son interesados y artificiosos , no halla los socorros que busca ; y en estas circunstancias es preciso que á cada paso incurra en un defecto , ya por sus pasiones propias , ya por las de sus ministros. No bien repara una falta , cuando cae en otra : y tal es la condicion de los reyes mas esclarecidos y virtuosos.

El mas largo y mejor reinado es muy corto é imperfecto para enmendar al fin lo que sin querer se erró en los principios. Todas estas miserias son inseparables del trono. La flaqueza humana sucumbe bajo tan enorme peso. ¿Quién mas acreedor que los reyes á nuestra compasion é indulgencia ? ¿Qué estado mas lamentable que él de tener que gobernar tantos hombres , cuyas necesidades son infinitas , y que tantos afanes cuestan á los que anhelan á gobernarlos bien ? Y hablando con franqueza , harto dignos de compasion son los hombres en verse dirigidos por un rey , que no es mas que otro hombre semejante á ellos , cuando necesitaban dioses que les encaminasen. Pero no son ménos de compadecer los reyes , que sin ser mas que hombres , estos , débiles é imperfectos , tienen que gobernar una multitud innumerable de hombres corrompidos y engañosos.

Es verdad , respondió con vivacidad Telémaco : pero Idomeneo no solo ha perdido por su culpa el reino de sus mayores en Creta , sino que sin vuestros consejos hubiera perdido otro en Salento. Confieso , dijo Mentor , que ha incurrido en graves defectos ; pero

busca en la Grecia y en las otras naciones mas cultas del mundo un rey que no los haya tenido inescusables. Aun los mas grandes hombres tienen en su constitucion física y moral , defectos que les arrastran ; y como es tan difícil tener la virtud que para resistirlos se necesita , llamámosles héroes y grandes , á proporcion que se esfuerzan á conocerse y corregirse. ¿Piensas tú que Ulises , el grande Ulises , tu padre , que es un modelo de los reyes de la Grecia , no tiene sus flaquezas y defectos ? ¿cuántas veces no se hubiera rendido á los peligros y obstáculos en que se ha visto , hecho juguete de la fortuna , si Minerva no le hubiese conducido como por la mano ? ¿cuántas veces ha tenido que animarle y sostenerle para conducirlo al templo de la gloria por el camino de la virtud ? Pues sin embargo de esto , cuando con toda su fama le veas reinar en Itaca , no esperes hallarle sin defectos : tú los advertirás : y sin embargo la Grecia , el Asia y las islas todas le han admirado justamente por mil cualidades maravillosas que ponen en olvido , ó dejan imperceptibles aquellos pequeños lunares. ¿Cuánta será tu felicidad en admirarle tambien , y estudiar incesantemente en su conducta para hacerte de ella un modelo !

Acostúmbrate , pues , Telémaco ; acostúmbrate á no esperar de los mas grandes hombres lo que no es susceptible de la naturaleza humana. La inesperta juventud se arroja á criticar con demasiada presuncion : segun ella solo merecen su desprecio los modelos que necesita seguir , y de aquí el incurable estado de indocilidad á que su orgullo les precipita. No solamente á tu padre debes amar , respetar é imitar , sino hacer una alta estimacion de Idomeneo , sin embargo de todos los defectos que en él he reprendido. Es natural-

mente sincero , recto , equitativo , liberal y benéfico ; su valor sin tacha ; detesta el fraude cuando le conoce ; y sigue libremente su inclinacion natural : todas sus cualidades exteriores son dignas del lugar que ocupa. La sencillez con que confiesa sus defectos , su afabilidad , la paciencia con que sufre que yo le diga las cosas mas duras ; el valor con que emprende humillar su amor propio , corrigiendo por sí mismo públicamente sus defectos , haciéndose superior á la censura de los hombres , manifiestan una alma verdaderamente grande. La fortuna ó los consejos de otro podrán preservar de ciertas faltas á un hombre de mediana condicion ; pero empeñarse un rey , por tanto tiempo seducido por la lisonja , en enmendar sus desaciertos , es obra de una virtud extraordinaria. Mas glorioso es levantarse así que el no haber jamas caido.

Idomeneo ha incurrido en lo que casi todos los reyes incurren ; pero casi ninguno hace por corregirse , lo que él acaba de hacer. Yo por mí te aseguro que no podia ménos de admirarle en el mismo momento en que me permitia contradecirle. Admírale tú tambien , mi querido Telémaco ; y cree que para darte este consejo , ménos miro su reputacion que tu utilidad.

Por este discurso hizo conocer Mentor á Telémaco cuan arriesgado é injusto es dejarse arrastrar del furor de criticar con rigor á los demas , y particularmente á los que tienen que luchar con los obstáculos y dificultades anejos al gobierno. Despues le dijo : ya llega la hora de que partas , á dios. Yo te esperaré aquí , mi querido Telémaco. Acuérdate que él que teme á los dioses , nada tiene que temer de los hombres. Tú te hallarás en los mas inminentes peligros ; mas sabe que no te abandonará en ellos Minerva.

Al oír Telémaco estas palabras , le pareció ver á esta diosa , y aun hubiera conocido que era ella misma la que le hablaba para llenarle de confianza , si no le hubiera fijado con viveza la idea de Mentor , diciéndole : No olvides , hijo mio , los cuidados que durante tu infancia he tenido porque llegues á ser tan sabio y valeroso como tu padre. No hagas nada que no sea digno de los heroicos ejemplos que te he dado , y de las máximas de virtud que he procurado inspirarte.

Ya se iba el sol descubriendo , y dorando con sus rayos la cima de los montes , cuando los reyes salieron de Salento , y se fueron á incorporar con sus tropas , acampadas al rededor de la ciudad. Pónense en marcha : vese por todas partes brillar el acero de las picas enarboladas : deslumbra el resplandor de los escudos , y se levanta una polvorosa nube que oscurece la luz. Idomeneo , acompañado de Mentor , conduce á los reyes hasta que ya léjos de los muros de la ciudad se despiden finalmente , dándose de una y otra parte pruebas de verdadera amistad , sin dudar los aliados de la estabilidad de la paz , luego que conocieron el bondadoso corazon de Idomeneo , que habian creído bien diferente , juzgándole no por sus sentimientos naturales , sino por los efectos de los consejos lisonjeros é injustos á que se habia entregado.

Despues que partió el ejército , condujo Idomeneo á Mentor por todos los barrios de la ciudad : sepamos , le decia este , á cuanto asciende la poblacion de la ciudad y del campo : sepamos cuantos son los que estan dedicados á la agricultura , y cuanto trigo , vino , aceite , y demas cosas útiles producen vuestras tierras en los años medianos. Por este medio averiguarémos si la tierra da lo necesario á la manutencion de sus habitantes , y si aun



produce para hacer con el extranjero un comercio útil de lo que sobre. Sepamos tambien cuantas naves y marineros teneis, para formar juicio de vuestro poder. Fué á reconocer el puerto, entró en las naves, se informó del país en que cada una hacia su comercio, de las mercaderías que llevaba y de las que traeria de retorno: se informó de los gastos que con la nave se harian en el viage, de los préstamos que los comerciantes se hacian, de las compañías que formaban, para saber si estaban fundadas sobre principios equitativos, y si estos se observaban fielmente: en fin se informó de los riesgos de la navegacion, del naufragio y las otras desgracias á que está espuesto el comercio para evitar la ruina de los que lo hacen, los cuales emprenden muchas veces por codicia lo que es superior á sus fuerzas.

Dispuso que se castigase severamente á los que hiciesen quiebra; porque aun los que están exentos de mala fé, casi nunca lo están de temeridad: al mismo tiempo dispuso medios fáciles de evitarlas, estableciendo magistrados, á quien los comerciantes diesen cuenta de sus efectos y ganancias, de sus gastos y empresas. Nunca les era permitido arriesgar los caudales ajenos, ni mas que la mitad de los propios; y así emprendian entre muchos lo que no le era posible á uno solo; y las leyes de las compañías eran inviolables por el rigor de las penas con que se castigaba á los transgresores. Por lo demas gozaba el comercio de una absoluta libertad: léjos de gravarle con impuestos, se recompensaba al que traía á Salento el comercio de cualquiera nacion.

Por este medio acudieron bien pronto á su puerto comerciantes de todas partes. El comercio que en él se hacia era semejante al flujo y reflujo del mar: como las ondas nacen y se suceden unas de otras, así á manera

de oleadas entraban en la ciudad las riquezas. Todo en ella entraba y salía libremente: lo que entraba era útil, y lo que salía dejaba en su lugar otras riquezas. La recta justicia presidia en el puerto á tantas naciones como le frecuentaban. La franqueza, la buena fé y el candor parecia que desde lo alto de aquellas soberbias torres llamaban á los comerciantes de las mas lejanas tierras. É ya viniesen de las costas orientales, donde el sol sale todos los días del centro de las ondas, ó del otro lado de este gran mar, en que se sumerge cansado de su curso para apagar sus fuegos; tan quietos y seguros vivian en Salento como en su pátria.

Visitó Mentor los almacenes que habia en lo interior de la ciudad, los talleres de los artesanos, y las plazas públicas. Prohibió todas las mercancías extranjeras que podian inspirar lujo y molicie: regló los trages, las comidas, los muebles, la estension y el ornato de las casas, segun las clases en que los ciudadanos se distinguian: desterró todo adorno de oro y plata, y dijo á Idomeneo: yo no conozco mas que un medio de que vuestro pueblo se contenga en sus gastos, y es el que vos mismo le deis el ejemplo: es cierto que necesitais de cierta magestad en lo exterior; pero en las guardias y en los personajes que os acompañen se descubrirá bastante vuestra autoridad. Contentaos con vestir de finísima lana teñida de púrpura; que los principales del estado despues de vos vistan lo mismo, sin mas diferencia que en el color y en una ligera bordadura de oro que á los cantos llevará el vuestro. La diferencia de colores servirá para distinguir las clases, sin necesidad de oro, plata ni pedrerías. Arreglad las condiciones por el nacimiento.

Dad el primer lugar á los de mas antigua y mas esclarecida nobleza. Los hombres constituidos en digui-